

*La caracterización ideológica del Frente
Sandinista de Liberación Nacional
(Nicaragua, 1961-1990)*
Manuel HERNÁNDEZ RUIGÓMEZ

INTRODUCCIÓN

Al contrario de lo que se cree, no es fácil identificar ideológicamente al nicaragüense Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Mucho menos cuando comparamos sus inicios como movimiento guerrillero, en pugna contra el poder de los Somoza, con lo que ha llegado a ser en la actualidad, esto es, un partido político más, insertado en el marco constitucional de Nicaragua.

El Frente nació en momentos cruciales, cuando los movimientos de liberación, particularmente en los países africanos que luchaban por la independencia, comenzaban a lograr sus objetivos, en torno a 1960. Estos movimientos iniciaron su actividad político-guerrillera desde al menos pocos años después de finalizada la Segunda Guerra Mundial. Casi sin excepción, en todos aquellos escenarios, triunfaban agrupaciones políticas de carácter izquierdista muy influidas o apoyadas por Moscú o por Pekín. Al mismo tiempo, en Cuba se imponía (1959) una insurrección contra el poder oligárquico y corrompido personificado en Fulgencio Batista Zaldívar, convirtiéndose rápidamente, esa isla, en antena del poder soviético en América. De más está decir que todo ello tenía lugar en el marco de una bipolarización del mundo que delimitaba entonces, sin solución de continuidad, las relaciones internacionales.

Aunque en el momento de su nacimiento se podría establecer que el FSLN era una estructura marxista-leninista más, creada para alcanzar el poder mediante la lucha armada y similar a las otras tantas que se formaban en otros rincones del planeta en aquel agitado, ideológicamente, período, el análisis no es tan sencillo como aparenta. Es cierto que, de hecho, los fundamentos doctrina-

rios de los primeros instantes de su existencia fueron marxistas-leninistas, sin embargo, a su caracterización ideológica primigenia fueron añadiéndose otros elementos, incluidas aportaciones de orden liberal y algunas más no tan extrañas al estereotipo creado en torno suyo, como, por ejemplo, un fuerte nacionalismo antinorteamericano. Así, 20 años después, durante su etapa en el gobierno, los sandinistas hicieron valer su compromiso con un Estado organizado en torno al pluralismo, a la economía mixta y al no alineamiento. Y es que, evidentemente, como le ocurre a cualquier otra creación humana, el Frente ha ido experimentando una evolución transformadora que, hoy por hoy, lo diferencia radicalmente con respecto al de hace cuarenta años. Por eso es necesario delimitar este estudio y circunscribirlo al lapso 1960-1990, año este último en el que perdió unas cruciales elecciones tras más de diez en el poder.

FUNDACIÓN

El FSLN surgió, como tantos otros movimientos guerrilleros latinoamericanos de base marxista-leninista, a comienzos de los años sesenta del siglo xx. Sin embargo, no es exagerado afirmar que, hasta finalizar la década de los setenta, el FSLN no había pasado de ser un grupo poco menos que testimonial que actuaba, principalmente, en el medio rural de Nicaragua y, casi apenas, en las ciudades, sobre todo en las de tamaño mediano, o en los pueblos. Desde su nacimiento hasta su inesperada eclosión político-guerrillera —más o menos entre 1977 y 1978—, raramente, por no decir que nunca, el FSLN llegó a poner en peligro la estabilidad del régimen somocista, ni mucho menos su existencia¹.

Súbitamente, todo iba a cambiar. El gran momento histórico del Frente llegaría en los tres o cuatro años inmediatamente posteriores al terremoto de Managua de 1972, cuando, merced al ambiente generalizado de malestar antisomocista en el seno de la sociedad, la realidad política nicaragüense se transformó. Los sufridos «súbditos» de los Somoza, de Anastasio Somoza Debayle

¹ Como refiere Shirley CHRISTIAN, *Nicaragua, revolución en la familia*, Buenos Aires, Planeta, 1985. todavía en 1977, en una reunión celebrada en Washington en la sede de la Secretaría de Estado, un grupo de expertos, que analizaba genéricamente la relación entre Estados Unidos y los países centroamericanos, concluyó que, entre los grupos guerrilleros que actuaban en el istmo, el FSLN tenía una importancia despreciable y constituía «una pequeña y débil amenaza contra la familia Somoza» (pág. 42).

(«Tacho II») en aquella ocasión crepuscular del régimen, comenzaron a ver con creciente simpatía a los sandinistas, «a esos valientes muchachos enmontañados», hasta entonces una agrupación internamente fraccionada y francamente indiferente para el ciudadano medio. De tal modo que, cuando se aproximaba el final de la década de los años setenta, y reunidas las corrientes internas del FSLN bajo la eficaz dirección de una de ellas —los terceristas—, el Frente se transformó en el principal protagonista y, por tanto beneficiario, de la lucha contra Somoza, de la ulterior derrota del dictador y de la instalación de un nuevo régimen, en julio de 1979.

La historiografía coincide en señalar que los fundadores del FSLN fueron tres antiguos líderes estudiantiles procedentes de sectores de izquierda de la Universidad de León que, en 1955, habían ingresado en las filas del Partido Socialista de Nicaragua (PSN), por aquel entonces un grupo político de orientación prosoviética y, consecuentemente, entre otras características doctrinales, opuesto a la conquista del poder por métodos violentos. El momento fundacional se produjo poco después, al iniciarse la década de los años sesenta, y en el exilio, concretamente en julio de 1961, en Tegucigalpa, la capital hondureña, lugar que Carlos Fonseca Amador, Tomás Borge Martínez (el único superviviente hoy) y Silvio Mayorga escogieron para dar aquel paso decisivo².

Por cierto, en un comienzo, la organización no vino al mundo con el adjetivo «sandinista» sino sólo como Frente de Liberación Nacional (FLN), apelativo muy al uso de los revolucionarios de la época. Pero poco tiempo después se decidió añadir tal adjetivo por el que se conoce generalizadamente al grupo, escogido en recuerdo de la figura de Augusto Sandino, el llamado «general de hombres libres», quien durante más de siete años mantuvo y dirigió una lucha guerrillera de liberación contra la ocupación estadounidense de Nicaragua, así como contra el descarado manejo, por parte de Washington, del devenir político en ese país cen-

² Algunos autores citan a un cuarto fundador, Santos López, antiguo combatiente en las filas del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional (EDSNN) de Augusto C. Sandino. Concretamente, Víctor TIRADO, en su libro *Sandino y la doctrina de liberación nacional*, Managua, Editorial Vanguardia, 1989, lo evoca junto a los otros tres promotores tradicionales (pág. 119). Su presencia entre los impulsores del FSLN tiene gran utilidad para el sandinismo contemporáneo, ya que actúa de entronque fundamental entre este grupo guerrillero, creado en 1961, y el EDSNN, en el que Santos López tenía la categoría de coronel. No se olvide que el FSLN ha sido cuestionado por carecer de vínculos directos y precisos con el proyecto de Sandino, más allá del antinorteamericanismo que ambos profesan. De hecho, hasta 1963 no incorporó el adjetivo «sandinista». De 1961 a 1963, fue conocido simplemente como Frente de Liberación Nacional (FLN) (TIRADO, pág. 131).

troamericano. Con su nueva denominación, el FSLN mostraba también su ansia de desagraviar mediante la acción militar el vil asesinato de Sandino, en 1934, a manos del entonces jefe de la Guardia Nacional, Anastasio Somoza García, precisamente el padre de quien en aquel entonces, primeros años sesenta, ejercía la presidencia de la República de Nicaragua, Luis Somoza Debayle. Arrancaba en aquel instante, pues, la pugna por desbancar al somocismo del poder.

Desde las mismas filas sandinistas se ha destacado que el Frente «no nació de una asamblea o de un congreso, ni lanzó una proclama anunciando su creación»³. Se quería insistir con ello en una aparición espontánea y no planeada, donde primero habría sido la acción y, de acuerdo con la experiencia subsiguiente, se fue «formulando y reformulando» su ideología y estrategia con sentido de autocrítica⁴.

Hay que subrayar que con la erección en el escenario de esta organización no se pretendía poner en funcionamiento una entidad partidaria más; lo que realmente se buscaba fue dar el dramático paso de transformar una estrategia de acción exclusivamente política y, por tanto, pacífica, como la que caracterizaba al PSN, en otra de enfrentamiento abierto y lucha armada contra el régimen somocista. Los fundadores, animados por el éxito en Cuba de la revolución castrotrista, partían del convencimiento de que sólo mediante la lucha armada se podría un día acabar con la dictadura patrimonialista y acaparadora de los Somoza. Incluso se pensaba ingenuamente que una única acción armada haría que el pueblo se pusiera de parte de los insurrectos para derrocar al régimen.

Los tres fundadores crearon previamente en León, a mediados de los años cincuenta, la que se puede calificar como primera célula comunista de Nicaragua en tanto estructura política completa, pero miniaturizada, insertada en una institución académica, la más grande entonces del país, la Universidad de León. Poco después, en 1956, y como consecuencia del asesinato del dictador Anastasio Somoza García, padre de la «dinastía», por Rigoberto López Pérez, Tomás Borge fue detenido y encarcelado pasando, con el tiempo, a la condición de arrestado en su domicilio, de donde escapó tres años después, instalándose primero en Costa Rica y, al poco en Cuba, adonde llegó en 1960. Al año, se produjo la fundación del Frente, en 1961, regresando los tres compañeros a la isla antillana para recibir orientación ideológica y adiestramiento militar.

³ *Ibidem*, pág. 131.

⁴ *Ibidem*, pág. 131.

OPCIONES IDEOLÓGICAS

Los primeros años de existencia del FSLN fueron tiempos difíciles. En realidad, su consolidación estructural como grupo político concreto y definido no se produjo hasta alcanzar el poder en 1979. Fueron, por tanto, dieciocho años de vía crucis, como a los sandinistas de adscripción cristiana les gustaría, probablemente, expresarlo. Ya se apuntó al inicio que, durante esa época primigenia, el grupo bautizado con el nombre de Augusto C. Sandino no pasó de ser un movimiento testimonial que a duras penas lograba poner en aprietos a la dictadura somocista; en realidad, no fue sino al concluir la década de los sesenta y principios de la siguiente, cuando el sandinismo logró cautivar a los jóvenes, un grupo social casi siempre dispuesto a encabezar la contestación al poder. Hasta entonces, sus métodos violentos, su técnica de guerrilla rural no conseguía llamar la atención de los medios juveniles a quienes, más bien, su forma de actuar provocaba rechazo⁵. Sin embargo, la degeneración gubernamental del somocismo había llegado a tal extremo, particularmente a partir de las consecuencias que tuvo el terremoto de Managua de 1972, que la ciudadanía y, en especial la juventud universitaria y cierta clase política, comenzó a reparar en el Frente Sandinista como la única esperanza para superar los desmedidos abusos, de todo orden, que a diario perpetraba el régimen de los Somoza.

Desde el punto de vista insurreccional o, si se prefiere, militar, entre 1961 y 1979, el FSLN aplicó la teoría castrista del «foco guerrillero», también conocida como foquismo, guevarismo o guerrilla rural⁶. De acuerdo con el modelo, el proceso se inicia mediante la creación de «focos revolucionarios», normalmente en un punto concreto de una zona rural previamente definida, para, acto

⁵ *Ibidem*. La autora, que tiene una amplia y conocida trayectoria como militante del FSLN, señala, en relación con las opciones políticas que tenía la juventud nicaragüense de principios de los años setenta: «No había surgido más alternativa que los sandinistas. Pero los sandinistas no eran alternativa para nosotros. Eran guerrilleros. Proponían la lucha armada, la violencia, el socialismo. Entre la gente de mi clase [adinerada], no se hablaba de ellos. Se les temía» (pág. 51).

⁶ Manuel HERNÁNDEZ RUIGÓMEZ. «La esencia ideológica de la revolución castrista», *Veintiuno. Revista de Pensamiento y Cultura*, Verano de 1996, núm. 30, págs. 70 y 71. Según Ernesto Che Guevara, forjador del foquismo, éste puede funcionar sólo si se dan cuatro condiciones:

- Falta de buenas comunicaciones en la zona.
- Altos niveles de explotación de sus habitantes.
- Gobiernos escasamente legitimados.
- Convicción generalizada de que sólo mediante la violencia es posible mudar el régimen político.

seguido, ir ampliándose paulatinamente afectando a áreas más extensas del país en cuestión y a una mayor población. Ésta, a su vez, sería captada para la revolución por convencimiento y como vía de escape a su aguda situación de postración, económica, social y cultural. Curiosamente, sin embargo, el problema de la concienciación de la población sería el más grave que tendría planteada la técnica del foco, esperanza sandinista para derribar al régimen somocista. En la América Latina, los guerrilleros plantearon una respuesta armada a la situación social desesperada de pueblos relegados y manipulados por la oligarquía nacional durante generaciones y, por tanto, muchas veces apáticos ante propuestas concretas que buscaban aliviar su extremo abatimiento; un tipo de población que ha sido mantenida en la ignorancia y que no logra identificar con claridad a las instituciones y personas que la han convertido en objeto de explotación.

Para vencer este problema, el foquismo propone la formulación permanente, a través, por ejemplo, de emisoras clandestinas, de alegatos de condena que desenmascaren a oligarcas y gobernantes, campañas de propaganda, impresas y radiales, golpes de efecto «militares» contra las fuerzas regulares, etc. Más adelante, Ernesto *Che* Guevara perfeccionó su teoría apuntando a la necesidad de que los focos se acaben transformando en una guerra de masas, sin cuyo curso la revolución no es concebible. Además, hay que evitar que tras la victoria revolucionaria un partido o grupo de jerarcas burocratizados se haga con el poder, como le sucedió a la revolución rusa de octubre de 1917. Es preciso, por el contrario, llegar a establecer una auténtica dictadura del proletariado transformándose la guerrilla victoriosa en el aparato del Estado y en el mando del nuevo ejército popular.

Este planteamiento ideológico y táctico fue puesto en práctica por el FSLN en el convencimiento de la troika dirigente, de Fonseca, Borge y Mayorga, de que sólo mediante la creación de focos guerrilleros sería posible el éxito de la revolución sandinista y, por ende, socialista y antiimperialista. Unas veces lo intentaron desde el otro lado de la frontera y, las más, ya dentro del país, ante las crecientes dificultades que encontraban para servirse de bases foráneas. Así, a finales de 1962, unos 60 sandinistas pasaron a Nicaragua desde Honduras para ocupar Wiwili. La operación falló contundentemente al toparse con una columna de la Guardia Nacional que acabó con la tercera parte de los rebeldes. Poco después, en julio de 1963, el Frente Sandinista continuó intentando crear su primer foco, esta vez en Raití, y lo mismo trató de acometer al poco en Bocay. Los tres son puntos septentrionales del territorio nicaragüen-

se, ubicados no lejos de la frontera con Honduras, casualmente, el área de actuación del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua (EDSNN) de Sandino.

El FSLN cosechó en estos primeros intentos insurgentes un rotundo fracaso, lo que representó para sus intereses un pésimo precedente en su larga marcha revolucionaria. De hecho, y en el curso de los años sesenta, fue un milagro que el Frente no desapareciera, tal y como les sucedió a innumerables movimientos insurreccionales de la época, tanto en América, como en otros continentes. Únicamente, la fe —ideológica— de sus dirigentes y de sus escasos militantes iniciales salvó a la organización de su volatilización en la agitada atmósfera política de aquel decenio: «En ese tiempo, todo el mundo vivía conspirando», decía, no sin razón, Germán Pomares, héroe sandinista y uno de los primeros militantes del FSLN⁷.

Hay que significar que una acción más pulida, ideológica y organizativamente hablando, la operación de Pancasán, iniciada a fines de 1966 y concluida a mediados de 1967, pretendió dotar de una estructura foquista a un área rural relativamente extensa del departamento de Matagalpa. No obstante, también terminó calamitosamente, con la renuncia, por parte de la dirección, a continuar momentáneamente por esa senda, en particular, después de haber perdido en ella a uno de sus fundadores, Silvio Mayorga, y a 20 de los 35 guerrilleros enviados a esa zona⁸.

El fracaso de Pancasán no sólo fue muy sonado en el ámbito de la comunidad internacional marxista-leninista, sino que además supuso un duro golpe psicológico para las esperanzas de los sandinistas. Por el contrario, el comunismo ortodoxo, por medio de su portavoz oficioso, el Buró Político del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), no desaprovechó la ocasión para hacer notar lo errado de la vía guevarista o foquista para alcanzar el poder e insistir en que sólo a partir de su constitución como partidos políticos legalmente reconocidos los grupos revolucionarios tendrían esa anhelada oportunidad. Pero, como hoy en día es más que evidente, ha sido el *Che* y sólo el *Che* quien ganó la batalla al tiempo. Su aventura romántica y poderosamente idealista en Cuba y más

⁷ TIRADO, *op. cit.* (nota 2), pág. 133.

⁸ Al mismo tiempo que esa acción se desarrollaba en Nicaragua, en Bolivia, varios miles de kilómetros hacia el Sur, pero en el mismo continente, Ernesto «Che» Guevara trataba de poner en práctica su teoría foquista.

tarde en Bolivia, sus escritos revolucionarios, siguen siendo hoy en día recordados mediante posters, mensajes diversos, canciones, homenajes, etc., mientras que no puede decirse que el PCUS y su tediosa y soporífera acción vertical de control ideológico capte, después de la desaparición de la Unión Soviética, ningún tipo de entusiasmo popular.

Durante los años en que Carlos Fonseca ejerció el liderazgo principal del FSLN hubo ocasiones en las que esta agrupación no desdeñó la posibilidad de establecer alianzas con otras fuerzas políticas, al igual que más tarde defendería una de sus tres facciones, los llamados terceristas, como tendremos ocasión de comprobar más adelante. En aquel entonces, se habló de tal eventualidad con los socialcristianos y con los conservadores e, incluso, con los liberales opuestos a los Somoza, pero, por diversas razones, incluida la considerable oposición interna, nada de ello se materializó. Sin embargo, y sorprendentemente, esta estrategia de colaboración con las fuerzas políticas «burguesas» fue la que, años después, en 1979, habría de llevar a los sandinistas al poder. Lo cierto es que, salvo en las etapas iniciales, las posiciones ideológicas del Frente no fueron casi nunca herméticas o impenetrables con respecto a otras doctrinas políticas, a diferencia de lo que ocurría con otros movimientos marxistas-leninistas. En particular, porque no es lo mismo una organización del tipo de la del FSLN, nacida y actuando en la América cálida, viva, pasional, individualista y latina, que otra similar surgida en la Europa fría, mortecina, más sesuda, casi colectivista y esclava, en la que se desarrolló el marxismo-leninismo como ideología del poder establecido.

Además, y como consecuencia de lo anterior, porque en la América hispana ni las teorías marxistas, ni las leninistas tuvieron la rígida lectura que recibieron en los diferentes escenarios europeos; se trataba de una interpretación más heterodoxa mediante la que, muchas veces, se terminaba mezclando unos planteamientos con otros. Por ejemplo, uno de los precursores del marxismo en América, el argentino Juan B. Justo, primer traductor de *El Capital* al español (Madrid, 1898), combinó esos principios ideológicos con los de la tradición liberal argentina a partir del pensamiento de Domingo Faustino Sarmiento, sin por ello dejar de aceptar conceptos como el de la lucha de clases como motor del progreso social. Más adelante, el peruano José Carlos Mariátegui (1895-1930), el primer hispanoamericano que realiza una interpretación verdaderamente autónoma del análisis marxista-leninista, defendió que, al contrario de lo que parece indicar una lectura más ortodoxa, no es necesario esperar a la maduración socialista del proletariado, al cumplimiento de las «condiciones objetivas», para ini-

ciar el proceso de la revolución socialista; por otra parte, rechazaba el sometimiento indiscutido de los latinoamericanos a los postulados del Komintern moscovita⁹.

FUNDAMENTOS DOCTRINALES

Cuando, con motivo de su descalabro electoral en los comicios de febrero de 1990, el FSLN perdió el poder ante la Unión Nacional Opositora (UNO) tras más de diez años de ejercicio continuado, sus fundamentos ideológicos experimentaron una transformación, primero, a consecuencia de su estreno como partido opositor —durante todos estos años, el principal partido de la oposición— y, más adelante, al convocar la dirección y celebrarse, seguidamente, el primer congreso de su historia, en julio de 1991. Al ser nuevamente derrotado, en 1996, esta vez ante el Partido Liberal Constitucionalista (PLC) de Arnoldo Alemán Lacayo (1997-2002), la base doctrinal del Frente sufrió más cambios, siempre en una línea de moderación, progresiva y auténticamente socialdemócrata, que asimila al FSLN, en su senda hacia posiciones de aceptación de las condiciones generales que imponen las democracias pluralistas (fidedignamente participativas), a la seguida por los partidos comunistas de los países de la Europa central y oriental.

Pero no siempre ha sido así. De modo genérico podría llegar a asegurarse que el Frente, como grupo guerrillero y, más tarde, como agrupación política en el poder, ha formado parte del complejo ideológico del marxismo-leninismo. Con todo, no es una afirmación absolutamente indiscutible y cabría hacer tantas matizaciones que, a fin de cuentas, quedará sustancialmente modificada¹⁰. Lo mismo puede decirse con respecto al adjetivo «sandinista» que califica su deno-

⁹ Cfr. José Carlos MARIÁTEGUI. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, La Habana, Casa de las Américas, 1975. Nacido en Lima, el autor tomó parte, como líder del Partido Obrero-Campesino, en la fundación del Partido Comunista del Perú. La primera edición de esta obra apareció en 1928 y está considerada como una de las más importantes interpretaciones, en calve marxista, de la problemática hispanoamericana contemporánea.

¹⁰ Una vez que el FSLN pasó a la oposición tras la derrota electoral de febrero de 1990 y, en especial, después de la celebración de su primer congreso como partido político, en julio de 1991, adoptó una línea ideológica más pragmática o, si se quiere, socialdemócrata. Esta tendencia ha seguido ganando terreno desde entonces. De hecho, el FSLN no ha dejado de pertenecer a la Internacional Socialista, muy a pesar de algunos de los componentes de esta institución de alcance mundial.

minación oficial. Desde una perspectiva puramente etimológica, natural, se está inclinado a pensar que, al bautizar a una organización con el vocablo «sandinista», no sólo sus fundadores nos están dando la clave de su esencia ideológica, sino que tanto los electores, sea la que fuere su preferencia, como los simpatizantes, se encontrarían inexcusablemente abocados a identificarla con las ideas políticas que sostuvo, a lo largo de su carrera política, Augusto C. Sandino. Y, sin embargo, no es esa toda la realidad: recuérdese que el FSLN no nació sandinista¹¹.

Aunque es verdad que, a *grosso modo*, las ideas de Sandino caben dentro del FSLN, es imposible decir lo contrario: el grupo nacido en 1961 es una estructura política infinitamente más compleja que la que constituía el EDSNN de los años treinta y en la que las ideas marxistas-leninistas han tenido el mismo nivel de importancia que, por lo menos, las nacionalistas de Sandino, así como otras, si no un peso considerablemente mayor. Pero al proponer Fonseca, y lograr, la asimilación del legado político de Sandino y, con él, el enriquecimiento nacionalista del FSLN, evitó o, mejor, dificultó que se tachara simplistamente al Frente de «comunista», como era la costumbre de aquella época de contención anticas-trista, tanto por las autoridades somocistas, como por la superpotencia estadounidense¹². Por añadidura, el FSLN logró, si no en un principio, sí con el paso del tiempo, atraer la simpatía de los nicaragüenses que se sentían antiimperialistas y, al tiempo, partidarios de liberar a Nicaragua de su prolongado pasado de sojuzgamiento a los dictados de Washington, de injerencia norteamericana en los asuntos internos nicaragüenses e incluso de ocupación del territorio por tropas estadounidenses.

Así pues, como parte constitutiva, y en cierto modo esencial, del entramado ideológico del FSLN, es conveniente identificar, en primer término, las coordenadas doctrinales que conforman el pensamiento político de Augusto Sandino¹³.

¹¹ «TIRADO, *op. cit.* (nota 2), pág. 131.

¹² Stephen KINZER, *Blood of Brothers. Life and War in Nicaragua*, Nueva York, Anchor Books, 1992, pág. 58.

¹³ Para proceder a este análisis, nos hemos guiado del muy útil estudio, publicado ya hace algunos años por Jorge Eduardo ARELLANO SANDINO, «Bosquejo ideológico de Augusto Sandino», Madrid, *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 424, págs. 5-29, octubre 1985. En este trabajo, el doctor Arellano, sin duda el historiador y crítico literario nicaragüense actual más importante, desgana los aspectos más relevantes del credo político del general Sandino y nos ayuda a ponerlo en relación, sin aseverarlo expresamente, con los del FSLN, en el poder en el momento de publicarse.

Nacionalismo. Las doctrinas nacionalistas constituyeron la base fundamental sobre la que se asentó el pensamiento político de Sandino y, por añadidura, el eje alrededor del que giraron los demás aspectos de su credo ideológico. La principal preocupación de Sandino fue la de salvaguardar la identidad —la «nicaraguaneidad»— de su patria, así como su soberanía, frente al invasor, a la asimilación y a la sumisión al extranjero¹⁴.

Antiimperialismo. Como respuesta al imperialismo estadounidense. No obstante, no lo limitaba al contexto interno nicaragüense, sino que le daba una dimensión internacional o, mejor, hispanoamericanista. Su posición personal partía del análisis de los beneficios que la Doctrina Monroe había reportado inicialmente a Iberoamérica para criticar, acto seguido, la perjudicial metamorfosis que la transformó de liberadora en opresora.

Indohispanismo. Para el general de hombres libres se trataba de la manifestación autóctona frente a la sempiterna presencia norteamericana en Iberoamérica. Aquí, Sandino conectó con las tesis del nacionalismo-revolucionarista que el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre comenzó a difundir, a mediados de los años veinte, desde su exilio mexicano. No obstante, en su criterio, la indohispanidad no constituía la aspiración a crear una unidad política superior, sino que simplemente fue planteada desde una base étnica y espiritual menos ambiciosa en su origen ideológico, pero probablemente más efectiva en el largo plazo.

Bolivarismo hispanoamericanista. Sandino aspiraba a la integración política del continente. En junio de 1929, llegó a proponer la convocatoria de una conferencia en Buenos Aires que contase con la participación de representantes de la «América Indolatina, continental y antillana». El objetivo: fortalecer externa e internamente a esos países frente a la ambición dominadora de su vecino del Norte. Para el líder guerrillero, había que insistir en la defensa de la independencia por la que había luchado el Libertador, Bolívar, pero circunscri-

¹⁴ A finales de los años veinte, había en Nicaragua una verdadera conciencia respecto a la «venta» del país al extranjero, a lo cual, según los acusadores, estaba procediendo un sector de la clase política. En uno de sus trabajos menos conocidos, el poeta Salomón DE LA SELVA («Las dos Nicaraguas», publicado en *La Tribuna* de Managua en 1928) lo expone meridianamente:

«Bernardistas y moncadistas son iguales: para los dos bandos del partido rojiverde [se refiere a la conjunción de liberales y conservadores] hay un solo Dios verdadero, que está en Washington, al cual le ofrecen todo: banco, ferrocarril, aduanas, rentas internas, cuanto hay, inclusive el honor, la soberanía y la libertad de la patria...» (Citado por ARELLANO, nota 17).

biéndola, en la contemporaneidad, a la lucha contra el colosalismo de Norteamérica. Para ello, se postulaba como voluntario para desplazarse, al frente del EDSNN allá donde hiciere falta, constituyéndose de este modo en precursor de la figura y trayectoria del «Che» Guevara¹⁵. En este contexto se inscribe su escrito «*El Plan de realización del supremo sueño de Bolívar*» que Sandino redactó en 1929 y en el que propugnaba la constitución de una alianza de «los pueblos de América Latina» para el mantenimiento de su soberanía y la creación de un ejército como garantía de la «nacionalidad latinoamericana ante el expansionismo yanqui»¹⁶.

Social-Liberalismo. Sandino fue, ante todo, un antiimperialista que deseaba librar a su patria de la intervención de potencias foráneas. Pero, en segundo término, se confesaba liberal y heredero de la larga tradición del liberalismo nicaragüense que nace en los primeros años de la independencia. No obstante, su liberalismo tenía un fuerte componente social, es decir, estaba provisto de una considerable preocupación por una justicia benefactora del individuo. De acuerdo con el propio testimonio del general: «Este movimiento es popular y reconocemos un sentido de avance en las aspiraciones sociales [...] Sin duda el capital puede hacer su obra y desarrollarse, pero que el trabajador no sea humillado y explotado»¹⁷.

Centroamericanismo. En la pugna entre conservadores y liberales que presidió buena parte del siglo XIX centroamericano —y, en general, hispanoamericano—, los últimos se proclamaban partidarios de la unión centroamericana frente a la consolidación de las nacionalidades respectivas que caracterizó a los representantes de la tradición. Como heredero, en último término, del liberalismo de José Santos Zelaya y Benjamín Zeledón, Sandino nunca abandonó la idea de constituir una república centroamericana como paso previo a cualquier otra acción de índole iberoamericanista y de hacerlo para conseguir su objetivo primordial: «La América Central debe unirse contra el invasor», es decir, contra Estados Unidos¹⁸.

¹⁵ *Ibidem*, págs. 12 y 13.

¹⁶ *Ibidem*, pág. 13.

¹⁷ Ramón de BELAUSTEGUIGOITIA, *Con Sandino en Nicaragua. La hora de la paz*, Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1981, págs. 181, 183 y 184. Se trata de una obra reimpressa, publicada por primera vez por Espasa-Calpe de Madrid en 1934.

¹⁸ *Ibidem*, pág. 14.

Genéricamente, este pensamiento, que defendió Augusto Sandino en su lucha sin cuartel contra el ocupante estadounidense y las personas y grupos que internamente lo apoyaban, ha sido y sigue siendo asumido en su totalidad por el FSLN. *A sensu contrario*, no puede sostenerse que el complejo paquete ideológico del Frente Sandinista esté exclusivamente constituido por la doctrina política del general, al menos en el período en el que ejerció el poder en Nicaragua (1979-1990). Más bien, se trata de un lineamiento político que, en sus grandes rasgos, concuerda con el que distingue a ese grupo de partidos, muy característicos del segundo y tercer cuartos del siglo XX iberoamericano, que podrían identificarse bajo la denominación genérica de nacionalistas-revolucionarios¹⁹. Es decir, partidos de la izquierda democrática que han tenido máxima trascendencia en el escenario político de cada uno de estos países y a los que caracteriza, precisamente, su nacionalismo, así como el énfasis en aplicar criterios revolucionarios a sus respectivas realidades sociales.

En cuanto al primero de sus atributos, estos partidos se manifiestan nacionalistas al proponer librar a los Estados del constante intervencionismo de intereses foráneos, y, más concretamente, estadounidenses, en Iberoamérica. Además, son revolucionarios al propender hacia la construcción de una sociedad más justa en la que las diferencias de clase tiendan a desaparecer en tanto en cuanto generadoras de tensiones entre movimientos de extrema derecha y de extrema izquierda. Su matriz ideológica, regeneracionista desde el punto de vista político, social y económico, hay que encontrarla en el pensamiento del peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador en México, en 1924, de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). A partir de éste, han nacido diversos grupos nacionalistas-revolucionarios en prácticamente todos los Estados iberoamericanos²⁰.

Además de asumir, tal vez, un gran porcentaje del legado ideológico de Sandino —con la notable excepción de todo aquello que puede encuadrarse dentro del título «liberal»—, el FSLN recibió otros aportes a lo que puede identificarse

¹⁹ Cfr. Robert J. ALEXANDER, *Latin American Political Parties*, Nueva York, Praeger Publishers, 1973.

²⁰ Entre los más sobresalientes, cabe mencionar al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en Bolivia; al Partido de Liberación Nacional (PLN), en Costa Rica; al Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) (PPC-O) y al Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) (PRC-A); al Partido Revolucionario Institucional (PRI), en México; al Partido Febrerista Revolucionario (PFR), en Paraguay; al Partido Aprista Peruano (PAP); al Partido Popular Democrático (PPD), en Puerto Rico; al Partido Revolucionario Dominicano (PRD) y Acción Democrática (AD), en Venezuela. Todos ellos han tenido, sin excepción, un papel muy destacado en la historia política de sus respectivos países.

como su complejo ideológico. De tal modo que como grupo político latinoamericano la estructura doctrinal sobre la que ha descansado a lo largo del período que va, al menos, de 1979 hasta principios de los años noventa ha sido, como poco, heterodoxa, tanto si se le compara con los partidos nacionalistas-revolucionarios, como incluso en relación a lo que pudiera denominarse marxismo-leninismo oficial, si tal ha existido en algún momento del proceloso pasado que caracteriza a los afectos de esas posiciones ideológicas, o a las particularidades del credo que defendió, con las armas en la mano, el general Augusto Sandino.

El Frente Sandinista no se entendería sin lo que se ha manifestado como un componente cardinal de los pilares ideológicos sobre los que se ha asentado: un cristianismo popular o de base, hoy devaluado por el tiempo. A raíz del florecimiento en Iberoamérica de lo que se ha venido en llamar teología de la liberación, un grupo de jóvenes, progresistas y católicos, laicos y religiosos al tiempo, pertenecientes, en una proporción no pequeña, a familias adineradas y agrupados en el Movimiento Cristiano Revolucionario (MCR), ingresaron en el FSLN, a partir de 1972, a instancias de su director espiritual, el capuchino fray Uriel Molina, párroco en la barriada de Rigüero, en Managua. Uriel fue uno de los más relevantes inspiradores, en Nicaragua, de las comunidades eclesiales de base, producto escatológico de la teología de la liberación²¹. Desde entonces, y en el curso de los años setenta, la práctica totalidad de los afectos a la teología de la liberación, esto es, a la denominada «iglesia popular» en contraposición a la «iglesia jerárquica», se integró —o sencillamente simpatizó— de una u otra manera en el Frente Sandinista²².

Nicaragua, merced al triunfo revolucionario, se transformó en una especie de campo de experimentación en el que probar el funcionamiento de la teología de la liberación insertada, desde 1979, en el corazón del poder político sandinista. Sin

²¹ Destacan entre aquellos jóvenes participantes en el experimento de fray Uriel, Joaquín Cuadra Lacayo, quien, de 1979 a 1995 fue jefe del Estado Mayor del Ejército Popular Sandinista (EPS), a las órdenes de Humberto Ortega Saavedra, sucediéndole, de 1995 a 2000, ya como jefe de las fuerzas armadas de Nicaragua; y Luis Carrión Cruz, comandante de la revolución y miembro de la Dirección Nacional del FSLN entre 1979 y 1991.

²² A los efectos de este trabajo es útil definir la teología de la liberación como el movimiento renovador y, en cierto sentido heterodoxo, que nace en el seno de la Iglesia católica a partir de las reformas impulsadas por el Concilio Vaticano II (1962-1965) y, sobre todo, de las conclusiones a que llegó, en Medellín (Colombia), la II Conferencia Episcopal Latinoamericana, en 1968. Su influjo se circunscribe, básicamente, al ámbito geográfico iberoamericano, si bien también es constatable en África y Europa. Cfr. Gustavo GUTIÉRREZ, *Apuntes para una teología de la liberación*, Bogotá, Editorial Presencia, 1970, el teórico precursor.

embargo, y a pesar de que algunos autores y analistas, tanto políticos como periodísticos, han englobado a este nuevo sector cristiano-popular, una vez que pasó a formar parte del sandinismo, dentro del marxismo-leninismo, no es un aserto que pueda ser demostrable con facilidad. En principio, quienes así proceden obvian la complejidad ideológicamente constitutiva del FSLN y se conforman con tacharlo de «comunista», convirtiendo en tales a todos sus integrantes, aunque fueran de procedencias políticas y/o credos con orígenes y/o fundamentos diversos. Lo cierto fue, sin embargo, que el Frente no hizo mucho por defenderse de esas acusaciones y, bien al contrario, se dotó de una parafernalia doctrinaria que inducía a identificarlo como comunista. También, se suele reducir simplistamente la compleja realidad de la teología de la liberación considerando que, de las nueve corrientes religiosas identificadas en su seno, únicamente tres pueden ser catalogables, en principio, como marxistas²³. En definitiva, y como se ha afirmado, la iglesia popular de Nicaragua «sirvió de agencia de reclutamiento para el FSLN», en particular, a lo largo de los años inmediatamente anteriores al triunfo revolucionario²⁴.

En la Nicaragua de los años previos a la generalización de la revolución contra el régimen de los Somoza, se dieron diversos y llamativos casos de curas que se comprometieron con los postulados de la teología de la liberación y, por añadidura, con los del Frente Sandinista, incluyendo su estrategia armada. Ambos conceptos, teología de la liberación y sandinismo, empezaban a confundirse. Uno de los casos más sobresalientes de hasta qué extremos llegaron estos sacerdotes fue el del español Gaspar García Laviana, misionero del Sagrado Corazón. García Laviana, que llegó a Nicaragua a finales de 1970 con el fin de reforzar la presencia misional de la Orden, asumió al poco la parroquia de la loca-

²³ Manuel ALCALÁ. «Teología de la liberación. Su historia, sus corrientes. su crítica», Madrid, *Razón y Fe*, núm. 1029, tomo 209, 1984, págs. 586-603, ha sistematizado sus características:

- Una opción preferencial por los pobres, siguiendo el ejemplo de Jesucristo.
- Una concepción unívoca del Reino de Dios que no separa al Más Allá de la realidad terrena.
- La revitalización del concepto primitivo Iglesia-comunidad.
- La insistencia en aplicar el mensaje de Jesucristo, en la práctica, a la realidad del hombre de hoy.
- La asunción de un pecado social, paralelo al individual, que exige una conversión múltiple.
- El reforzamiento de los conceptos de promoción y liberación en la diaria labor evangelizadora.
- El convencimiento de poder llegar al martirio no sólo por la fe, también por la justicia.
- La valoración, actualizada al mundo contemporáneo, de la figura de Jesucristo (pág. 602).

Por otro lado, y a juicio de este autor, únicamente las corrientes *histórica, política y sociológica* de la teología de la liberación pueden ser clasificables como marxistas.

²⁴ Violeta BARRIOS de CHAMORRO. *Suenos del corazón. Memorias*. Madrid, Acento Editorial, 1997, pág. 127.

lidad costera (Pacífico) de San Juan del Sur, siendo, tal vez, el cura que más contribuyó a la «popularización» del Frente en esa zona y, más tarde, en el conjunto del país. Poco a poco, Gaspar, así como otros compañeros, se fueron radicalizando, tanto en lo ideológico como en la práctica diaria de su ministerio pastoral, asumiendo las posiciones de la iglesia popular frente a la jerarquía, lo que unido al voluntarismo sin límites de que hacían gala les llevaba a aparecer como capaces incluso de poder resolver, por sí solos, los problemas del mundo.

Así, cuando en 1974, la dirección sandinista fue alertada de que García Laviana estaba preparando un atentado contra el dictador Somoza, se le convenció de que «no es ese el camino», puesto que «muerto Somoza continuaría el somocismo [...] Hay que derrocar el sistema»²⁵. Poco tiempo después, decidió que había que eliminar a uno de los más connotados somocistas, Cornelio Hüeck, lo que también quedó en mero intento²⁶. Ya miembro efectivo del FSLN, el padre Gaspar García Laviana murió en el frente de combate, con las armas en la mano, en diciembre de 1978²⁷.

El que quizás pudiera denominarse sector cristiano del Frente Sandinista, recorrió un corto camino en la organización desde su inicial carácter incipiente hasta convertirse en una potente ala de un FSLN lanzado a la conquista del poder. Este sector recogía la semilla sembrada por uno de los pocos sandinistas de la primera hornada que no era clasificable como marxista-leninista: Leonel Rugama, nacido en Estelí, al norte de Nicaragua, en 1950, y muerto en Managua, en 1970, tras el asalto, por la Guardia Nacional, a la casa en la que se refugiaba. Rugama llevó al Frente un compromiso ético con el pueblo, asumiendo como propio el comportamiento de los primeros cristianos. Su influjo, su ejemplo y popularidad facilitó que se elevara a la muerte, al sacrificio por la causa, dentro del más puro espíritu cristiano-católico, a suprema categoría sandinista lo que quedó perfectamente reflejado en el más llamativo lema del FSLN, «Patria

²⁵ La vida de Gaspar García Laviana ha sido descrita, con todo lujo de detalles, por uno de sus compañeros misioneros del Sagrado Corazón. Cfr. Manuel RODRÍGUEZ GARCÍA, *Gaspar vive*, San José de Costa Rica. Artes Gráficas de Centroamérica, 1981. En concreto, en las páginas 131, 132 y 133, describe el proceso que conduce al padre García Laviana al convencimiento de que Somoza debe morir.

²⁶ *Ibidem*, pág. 133.

²⁷ *Ibidem*. Radio Sandino, la emisora del FSLN, emitió pocas horas después de su muerte, un comunicado: «Hermanos: Les quiero comunicar una noticia dolorosa: El comandante "Martin", Gaspar García Laviana, el cura sandinista, cayó en combate hace unas pocas horas. Sin embargo, no es el momento de llorarlo. Hoy, más que nunca, tenemos que seguir el ejemplo heroico de nuestros mártires. ¡Adelante, compañeros!», pág. 19.

libre o **morir**: «Nunca dejaba la muerte de ser el camino de la purificación absoluta, la expiación de toda mancha, sobre todo porque representaba el sacrificio deliberado, querido, buscado, chivo expiatorio y cordero degollado, y es por eso mismo que la revolución la puso en la cumbre de sus fastos, la conmemoración de la muerte como festividad propiciatoria»²⁸. Dicho de otro modo, la muerte como fermento de vida.

Así pues, el Frente Sandinista, triunfador en 1979, no se entendería sin, primero, la considerable contribución de Augusto Sandino, tanto en lo concerniente a la doctrina como a la experiencia —su papel como víctima de los Somoza, como protomártir de la revolución, ha sido esencial para la lucha del FSLN—; segundo, el aporte de la teoría marxista, de su interpretación leninista, fruto, en este último caso, del apoyo —y del ejemplo— prestado por los movimientos guerrilleros surgidos en el Nuevo Mundo en los años sesenta y, en particular, del castrismo y del foquismo guevarista; tercero, el influjo del nacionalismo-revolucionario; y, finalmente, en cuarto lugar, el importante componente cristiano que lo ha singularizado con respecto a experiencias político-guerrilleras similares a la suya.

No es improbable que el éxito del FSLN —único grupo guerrillero, con excepción del castrismo, que ha alcanzado el poder en América por medio de una revolución— se debiera, precisamente y en una buena proporción, a la combinación de fuentes ideológicas de las que se ha ido sustentando desde su mismo nacimiento, a su complejidad constitutiva, esto es, a la atractiva combinación de marxismo-leninismo, nacionalismo antinorteamericano y cristianismo. A ello hay que añadir su convicción respecto de la necesidad ineluctable de la lucha armada para conseguir sus objetivos estratégicos, es decir, la derrota de la dinastía somocista: «Otra conclusión que se desprende de la experiencia de Bocay es que la lucha armada era la vía principal para derrocar la dictadura»²⁹.

ESTRATEGIA Y COMPOSICIÓN INTERNA AL TOMAR EL PODER

En los años finales del somocismo, el FSLN era, aunque pequeña, una entidad compleja que, poco antes de la muerte de su principal fundador y líder in-

²⁸ Sergio RAMÍREZ, *Adiós muchachos. Una memoria de la revolución sandinista*, México. Aguilar, 1999, págs. 42 y 46.

²⁹ TIRADO, *op. cit.* (nota 2), pág. 137.

discutido, Carlos Fonseca, en 1975, y hasta el momento de la derrota del régimen de Somoza, en 1979, se había compartimentado en tres tendencias no siempre bien avenidas e incluso, a veces, al borde de una ruptura con visos de inminente: el grupo de Guerra Popular Prolongada (GPP), los Proletarios y la Tendencia Insurreccional o terceristas. Los proletarios y los terceristas llegaron inclusive a ser expulsados por sectarismo e insubordinación: los primeros, en 1975 y, dos años después, en 1977, la otra facción. Las diferencias se centraban, fundamentalmente, en la metodología para alcanzar el poder, así como en las fuertes críticas formuladas por el principal promotor de los proletarios, Jaime Wheelock Román, contra los que, al poco, se constituirían como GPP. No hay que minusvalorar, sin embargo, la influencia que ejercieron los comportamientos personalistas en el ahondamiento de la división³⁰.

Al regresar de Cuba, a finales de 1975, Carlos Fonseca transó en la discusión reprobando las tesis de Wheelock y culpándole de los problemas internos. Para demostrar hacia qué lado se inclinaba, aunque sin manifestarlo expresamente, el líder se instaló en las montañas desde las que actuaba el grueso de la GPP donde, a los pocos meses, fue muerto en un enfrentamiento con la Guardia Nacional³¹. Entre los propios sandinistas, ya fueran miembros de una u otra facción, no había grandes diferencias ideológicas —ellos mismos lo solían reconocer— fuera de la táctica que se debía aplicar para lograr el ansiado poder. No es correcto, por tanto, identificar a unos como moderados —como se ha llegado a pontificar, de hecho, con respecto a los terceristas, por mucho que sus compañeros adscritos a otras tendencias los tildaran de «pequeñoburgueses»— y a los otros como ortodoxos y/o radicales, esto es, indistintamente GPP y proletarios.

En líneas generales, el grupo de Guerra Popular Prolongada es el que más directamente entroncaba con los orígenes ideológicos del Frente y, señaladamente, la única tendencia que tenía el reconocimiento —oficioso— de La Habana, al menos hasta la unificación de marzo de 1979. No por casualidad, esta camarilla estaba liderada por el único fundador vivo del FSLN, el comandante Tomás Borge Martínez, formando parte de la misma marxistas-leninistas de viejo cuño e inspiración castrista-guevarista. Es decir, sostenían que la única táctica viable

³⁰ El personalismo es, sin duda, uno de los grandes males que ha afectado al modo de hacer política en Iberoamérica a lo largo de los siglos XIX y XX. Vid. al respecto, HERNÁNDEZ RUIGÓMEZ, *op. cit.* (nota 10), págs. 231-234.

³¹ CHRISTIAN, *op. cit.* (nota 1), pág. 40.

para alcanzar el poder era la técnica foquista, teorizada por Ernesto «Che» Guevara³². En el momento del triunfo revolucionario, dirigían esta tendencia, además del comandante Borge, los también comandantes Bayardo Arce Castaño y Henry Ruiz Hernández. A diferencia de los otros comandantes que habrán de constituir la Dirección Nacional unificada del FSLN en 1979, los tres mencionados son, desde un punto de vista social, de origen humilde.

Por su parte, los llamados proletarios expresaban sus dudas respecto de la eficacia de una guerra popular extendida mediante la creación de focos en pequeñas poblaciones aisladas o en la montaña, para la derrota del poder burgués. Esta tendencia, encabezada por los comandantes Jaime Wheelock Román, Luis Carrión Cruz y Carlos Núñez Téllez, mantenía, en grandes líneas, que los revolucionarios deben abandonar las montañas, entrar en contacto con los trabajadores para concienciarlos y organizarlos, tanto en las ciudades, como en el campo, sin que realmente importase el tiempo que hubiera que emplear. Además, rechazaban la injusticia que, a escala internacional, supone que unos pocos países gozaran de grandes riquezas y bienestar mientras que otros, la gran mayoría del planeta, Nicaragua entre ellos, estuvieran sumidos en la miseria y sufriendo, por añadidura, regímenes políticos despóticos. En contraste con la tendencia GPP, los líderes de los proletarios, y en particular Carrión y Wheelock, son de origen social pudiente.

A diferencia de las otras dos tendencias dentro del FSLN, para los insurreccionales o terceristas —su denominación proviene, precisamente, de haber surgido como la «tercera» facción dentro del FSLN— el triunfo sólo se produciría si el Frente lograba poner fin a su aislamiento³³. Sus más importantes dirigentes fueron los comandantes Daniel y Humberto Ortega Saavedra y Víctor Tirado López. De acuerdo con su análisis, la victoria sólo se podría obtener mediante una alianza con las que los sandinistas denominaban «fuerzas burguesas», es decir, partidos políticos no marxistas, grupos sociales diversos y representantes de los poderes financieros, con la notable excepción, evidentemente, de los com-

³² *Vid. supra*, págs 9 y 10.

³³ El apelativo «insurreccionales», con el que también se bautizó a los terceristas, proviene precisamente de la convicción e insistencia de sus componentes en la necesidad de conseguir una insurrección [levantamiento, sublevación o rebelión de un pueblo], de acuerdo con la definición de la 21.ª edición del Diccionario de la Real Academia Española]. Esto es, una revuelta generalizada, un movimiento de lucha popular que, obviamente y por ello mismo, ya no podría ser monopolio de un solo grupo, del Frente Sandinista.

ponentes de la familia Somoza, así como de sus allegados, sin lugar a dudas, los más poderosos económicamente del país. Lo que en el fondo estaban dando a entender los terceristas al proponer su estrategia de conquista del poder era evidente: el reducido impacto que las acciones del FSLN —e implícitamente su misma presencia político-militar— habían tenido hasta entonces en la sociedad nicaragüense. En consecuencia, sin alianzas, la lucha contra Somoza iba a ser vana, se eternizaría.

En realidad, esta estratagema fue ideada y puesta en marcha por quien cabe considerar como el ideólogo fundamental del tercerismo, Sergio Ramírez Mercado, uno de los más importantes escritores de la historia de Nicaragua y, con el andar del tiempo, sucesivamente, miembro de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (JGRN) (1979-1984), vicepresidente de la República (1984-1990), candidato a la misma vicepresidencia, en 1990, formando tándem con Daniel Ortega y, en estos últimos años, crítico del FSLN a partir, justamente, de mediados de la década de los años noventa. La enorme virtud del plan tercerista fue la de, finalmente, dar alas al sandinismo, sin minusvalorar la conmoción nacional —e internacional— que provocó el asesinato del periodista Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, en enero de 1978, verdadero principio del fin del régimen de los Somoza.

Hay que observar, por tanto, que fue el tercerismo el que proporcionó, dos años antes, las bases del éxito de la revolución en 1979 y, en consecuencia, la llegada al poder del FSLN, por lo que no debe extrañar que sus principales componentes coparan los puestos claves del gobierno aquel mismo año: Daniel Ortega, coordinador de la JGRN, el más sobresaliente de sus cinco miembros y presidente virtual del país; también formó parte de la JGRN el propio Sergio Ramírez y Moisés Hassán que, aunque no pertenecía al FSLN, estaba entonces muy próximo a sus postulados. Por añadidura, el hermano de Daniel, Humberto Ortega, verdadero valedor de Ramírez en el exclusivo círculo de la Dirección Nacional del Frente, se convirtió en jefe del todopoderoso y temido —no sólo en Nicaragua, sino a escala centroamericana— Ejército Popular Sandinista (EPS), cargo que ocupó no sólo durante el régimen sandinista (1979-1990), sino que se las arregló para ejercerlo hasta 1995, casi al final de la administración de Violeta Chamorro (1990-1997).

Además de ideólogo de la estrategia tercerista para la toma del poder, o precisamente por ello, Ramírez Mercado fue el principal impulsor y portavoz del llamado «Grupo de los Doce», entidad realmente innovadora y eficaz sin cuyo apor-

te la ideología del FSLN sería difícil de comprender considerando la influencia que tuvo en el asentamiento de sus principios doctrinales tras el triunfo revolucionario³⁴. Subráyese que dichos principios no coincidían, en general, con los que sustentó el Frente hasta 1979. Señálese que Sergio Ramírez no había ingresado en el Frente hasta 1975 manteniendo, incluso a partir de entonces, aquel nuevo *status* en secreto con objeto de no perjudicar la estrategia de apoyo en torno al Grupo de los Doce. En realidad, siempre fue un elemento extraño dentro del FSLN; es más, era uno de sus miembros ideológicamente menos radicales, a pesar de que durante su decenio en el poder no evitara hacer declaraciones extremistas públicamente, tal vez, como sugiere Mario Vargas Llosa, «para no perder posiciones entre sus compañeros sandinistas»³⁵.

La principal virtud del Grupo de los Doce, su inteligencia, fue la de saber conectar al sandinismo con la amplia base de oposición política y social —lo que hoy denominaríamos sociedad civil— al régimen somocista³⁶. Aun más, fue una de las claves del triunfo contra la tiranía de los Somoza. Inicialmente, de este grupo formaron parte una serie de prestigiosos profesionales, miembros de la burguesía o religiosos que comenzaron sus trabajos de oposición desde San José, capital de Costa Rica, donde se constituyeron como apoyo al proyecto insurreccional nicaragüense contra Somoza³⁷. Destacan entre otros, además de Sergio Ramírez, Felipe Mántica Abaúnza, Joaquín Cuadra Chamorro, Miguel de Escoto Brockman, Fernando Cardenal Martínez, Carlos Tünnermann Bernheim, Arturo Cruz Sequeira, Carlos Gutiérrez, Ernesto «Tito» Castillo Martínez³⁸.

³⁴ En opinión de Gioconda BELLI, la idea de constituir lo que, posteriormente, fue el Grupo de los Doce surgió de Eduardo Contreras Escobar «Marcos», miembro de la Dirección Nacional del FSLN y muerto en combate en 1976, con el objetivo de «que el sandinismo perdiera su carácter de secta guerrillera y promoviera una alianza nacional para derrocar a la dictadura». *Op. cit.* (nota 8) pág. 203.

³⁵ Mario VARGAS LLOSA, *Contra viento y marea III (1964-1988)*, Barcelona, Seix Barral, Biblioteca Breve, 1990, pág. 251.

³⁶ BARRIOS DE CHAMORRO, *op. cit.* (nota 27), piensa que Sergio Ramírez, al organizar el entendimiento entre sandinistas y empresarios, fue infinitamente más inteligente que Carlos Fonseca, que rechazó toda colaboración y entendimiento, especialmente con Pedro Joaquín Chamorro, pág. 115.

³⁷ RAMÍREZ, *op. cit.* (nota 31). El autor da cuenta pormenorizada de la gestación del Grupo de los Doce, de su composición y de sus objetivos, que vincula con la puesta en marcha de la táctica insurreccional del tercerismo dentro del FSLN, págs. 95-98.

³⁸ Pedro Manuel de ARÍSTEGUI, *Misión en Managua*, Barcelona, Ediciones B, 1989. Se trata de una obra póstuma puesto que su autor, embajador de España en Nicaragua de 1977 a 1980, murió en acto de servicio, antes de ser publicada, cuando estaba al frente de la Embajada en el Líbano, y al ser ésta alcanzada por un obús. En el libro, su autor recuerda que, tras el triunfo revolucionario, Tito Castillo fue nombrado Procurador General de la República y tal celo puso en la confiscación de propiedades, a somocistas y a otros, que pronto recibió el apelativo de «Quito» Castillo.

En el programa político trazado por este grupo aparecieron, por vez primera, los tres temas ideológicos que, a partir de 1979, iban a servir a los intereses internacionales del régimen sandinista para hacer valer ante el mundo su hipotética esencia democrática: pluralismo, economía mixta y no alineamiento. Así, los portavoces internacionales del FSLN en el poder no se cansaron de destacar que su sistema de gobierno era perfectamente parangonable con el de cualquier otra democracia representativa. Puede aseverarse, sin embargo, que, hasta ese momento, ninguno de estos puntos había formado parte de anteriores posicionamientos ideológicos del Frente.

Fue gracias al llamado «Manifiesto de los Doce», hecho público a mediados de 1977, que la lucha sandinista tomó un decisivo impulso, en especial en comparación con los oscuros 16 años anteriores. Pero hay que considerar, igualmente, otros factores que coadyuvaron a dicho resultado. En primer lugar, y a pesar de la relativa prosperidad de la economía nicaragüense a finales de los setenta, diversos elementos convergieron para que la práctica totalidad de la oposición —derecha, izquierda y centro— se reuniera en torno al objetivo nacional de derrocar a los Somoza. Por otra parte, es obligado valorar el efecto de hartazgo que producía en la inmensa mayoría de la población una dictadura dinástica, particularmente odiosa y prolongada, cruel y corrompida, cuyo máximo representante, Anastasio Somoza Debayle, llegó a calificar al terremoto que destruyó Managua en 1972 como «la revolución de las oportunidades»³⁹. Por último, también contribuyeron los muchos años (algo más de 40) de identificación de Washington con las decisiones políticas somocistas, al menos hasta 1977, momento en el que Jimmy Carter asumió la presidencia. Efectivamente, para demostrar que el gobierno estadounidense había abandonado sus modos intervencionistas, su excesiva injerencia en los asuntos propios de Nicaragua, su nada disimulada dirección de la política exterior nicaragüense, así como de aspectos concretos y sensibles para sus intereses de la interior, la Casa Blanca decidió no mover un solo dedo en favor de la supervivencia política de Somoza cuando, ya en la primera mitad de 1979, su derrota era más que evidente.

³⁹ Cfr. Augusto ZAMORA R., «Centroamérica: zona de desastre», artículo publicado por el diario *El Mundo* de Madrid, el 16 de febrero de 2001. Es ampliamente sabido que Somoza Debayle, sus familiares y allegados se enriquecieron desmedidamente, apoderándose de gran parte de la ayuda internacional llegada a Nicaragua tras el terremoto que destruyó Managua el 23 de diciembre de 1972. Cfr., igualmente, BARRIOS DE CHAMORRO, *op. cit.* (nota 27), pág. 126.

El Grupo de los Doce se encargó también de llevar a cabo la presentación internacional en sociedad de la lucha antisomocista. Su principal argumento fue, como no podía ser de otro modo, la descarada corrupción institucional que se practicaba en Nicaragua, así como la testarudez del dictador dinástico en no querer abrir el país a la democracia y, con ella, a la alternancia política. Además, para justificar las acciones militares, guerrilleras, de los sandinistas siempre se podía anteponer la metódica y cruel represión que practicaba el régimen, las violaciones sistemáticas de los derechos humanos más elementales o el desprecio humillante de cualquier tipo de grupo opositor. De tal modo que algunos de los componentes del Grupo aprovecharon sus conocimientos personales en distintos países para presentarse: Felipe Mántica visitó a Carlos Andrés Pérez, a la sazón, presidente de Venezuela (1974-1979); Miguel de Escoto a Robert Pastor, asesor para Iberoamérica del Consejo Nacional de Seguridad de Estados Unidos; Joaquín Cuadra Chamorro a Viron Vaky, embajador norteamericano en Caracas⁴⁰.

LOS TEMAS IDEOLÓGICOS DURANTE EL GOBIERNO SANDINISTA

Aunque el plan de gobierno del Grupo de los Doce era algo más complejo que los famosos tres temas ideológicos básicos que la propaganda del Frente Sandinista se encargó de difundir a lo largo de su década en el poder —pluralismo, economía mixta y no alineamiento—, éstos estaban de algún modo contemplados en los cinco puntos esenciales de dicho programa: «régimen democrático de libertades públicas; abolición de la Guardia de Somoza para dar paso a un nuevo ejército nacional; expropiación de todos los bienes de la familia Somoza y sus allegados; transformación del régimen de propiedad, empezando por la reforma agraria, bajo un sistema de economía mixta; y relaciones de no alineamiento con todos los países del mundo»⁴¹. Sin embargo, es obligado apuntar que, tras el triunfo revolucionario, y teniendo en cuenta el control que el FSLN fue usufructuando de la maquinaria del Estado, estos principios, que sus dirigentes habían consensuado previamente —es decir, antes del triunfo revolucionario— con la oposición civil, política y social al régimen de Somoza, fueron poco a poco sustituidos por

⁴⁰ CHRISTIAN, *op. cit.* (nota 1), pág. 50. Cuadra Chamorro, probablemente el más relevante abogado de la Nicaragua de entonces, confesó al embajador Vaky que el amor por su hijo, Joaquín Cuadra Lacayo, comandante sandinista, le había llevado a participar en el Grupo de los Doce.

⁴¹ RAMÍREZ, *op. cit.* (nota 31), pág. 98.

su auténtico programa ideológico, considerablemente alejado del plan de gobierno elaborado por el Grupo de los Doce. Obsérvese una muestra:

«La instalación de un gobierno popular y revolucionario apoyado en el pueblo armado, a través de un ejército popular de obreros y campesinos, que impulsara la nacionalización de las riquezas usurpadas y promoviera una política internacional independiente, a favor de la paz mundial y de la solidaridad con todos los pueblos del mundo, devolviendo con ello su dignidad y soberanía al pueblo nicaragüense. [...] Para alcanzar estos objetivos, el Frente Sandinista de Liberación Nacional reinició la lucha armada de Sandino, como única vía posible para la toma del poder en base a la unidad popular, cuyo eje fundamental lo constituye la alianza obrero-campesina; derrocar y destruir política y militarmente al somocismo y a la Guardia Nacional, representante de la ocupación yanqui y de los intereses vendepatria y reaccionarios de los terratenientes y de la burguesía de Nicaragua, era en ese momento la principal tarea»⁴².

El tono de este estribillo, y las acciones que de él se derivaban, fue dominante desde que el Frente Sandinista se hizo con el poder, y a todo lo largo de sus años de gobierno.

Sólo dos meses después del triunfo revolucionario, en septiembre de 1979, unos 400 dirigentes sandinistas, reunidos en la Loma de Tiscapa (Managua), aprobaron un documento programático que iba a servir de base ideológica a su quehacer gubernamental. En él, los sandinistas, desbordados de entusiasmo, convencidos de haber ganado el control de Nicaragua para los próximos cien años, dieron rienda suelta a sus convicciones marxistas para escándalo de los sectores de la sociedad civil con quienes colaboraron, los dos años anteriores, con el fin de derrocar a Somoza. De tal modo que el «Documento de las 72 horas», como fue pronto conocido, declaraba que la aspiración del FSLN era alcanzar «la sociedad socialista basada en la dictadura del proletariado, previa una etapa de alianzas con la burguesía, mientras más corta, mejor». En este sentido, se ponía a la Junta de gobierno como ejemplo de unas alianzas a las que el «sino dialéctico de la historia» pondría rápidamente fin. El Frente buscaba su consolidación como partido marxista-leninista, repudiaba el intervencionismo norteamericano y «proclamaba su adhesión al campo socialista». El documento indicaba también que los principales medios de producción habían de ser propiedad del Estado⁴³.

⁴² TIRADO, *op. cit.* (nota 2), págs. 112 y 113.

⁴³ RAMÍREZ, *op. cit.* (nota 31), pág. 112.

A todo ello, se unió la puesta en marcha inmediata de un sistema de economía centralmente planificada, al modo del socialismo real, que provocó muy rápidamente el caos generalizado⁴⁴. Por si todavía alguien pudiera albergar dudas al respecto, el jefe del EPS, general Humberto Ortega, proclamó, en septiembre de 1981, que «el sandinismo, sin el marxismo-leninismo, no puede ser revolucionario» y advirtió con que, de llegarse a producir una invasión estadounidense, iban «a faltar los postes para colgar a todos los burgueses»⁴⁵.

CONCLUSIÓN

Con todo, y como se apuntaba más arriba, sería simplista tachar al gobierno del FSLN (1979-1990) de administración que funcionaba de acuerdo a los principios marxistas-leninistas. Es cierto que sus fundamentos ideológicos, manifestaciones públicas y declaraciones programáticas apuntaban en ese sentido y que, efectivamente, a su Dirección Nacional, así como a la inmensa mayoría de sus cuadros, les hubiera gustado establecer en Nicaragua un régimen marxista-leninista, al estilo de Cuba o de la Europa central y oriental: tal era realmente su proyecto estratégico. En este sentido, los componentes no sandinistas de la Junta de gobierno provisional, Violeta Chamorro y Alfonso Robelo, no tardaron en abandonar ese órgano supremo de dirección gubernamental a raíz de las continuadas tomas de posición de cariz marxista-leninista de sus colegas de gobierno y de otros dirigentes sandinistas⁴⁶.

Hay que subrayar, sin embargo, que las autoridades sandinistas tuvieron la previsión y el cuidado de mantener, a lo largo de su decenio, la vigencia aparente de los tres principios supuestamente incontrovertibles —pluralismo, economía

⁴⁴ Sistema en cuyo diseño participó el jesuita español padre Xabier Gorostiaga, director de Planificación Nacional de 1979 a 1981.

⁴⁵ RAMÍREZ, *op. cit.* (nota 31), pág. 113.

⁴⁶ Se ha difundido ampliamente la versión según la cual, la señora Chamorro dejó la Junta el 19 de abril de 1980 después de que el FSLN firmara un acuerdo partidario con el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Sin embargo, no fue exactamente así. En realidad, se trató de un encadenamiento de hechos y, más en concreto, la decisión sandinista de negar la participación en el Consejo de Estado (parlamento no electo que funcionó de 1979 a 1984) de aquellos «partidos políticos que habían dejado de considerar políticamente viables, incluyendo el Partido Comunista de Nicaragua. En esencia, estaban procediendo a eliminar los partidos que se mostraban críticos con el Directorio Sandinista». Cfr. BARRIOS DE CHAMORRO, *op. cit.* (nota 27), pág. 240. Del mismo modo, Alfonso Robelo renunció ese mismo mes como protesta por las tendencias marxistas de los dirigentes sandinistas, así como por la creciente influencia cubana en Nicaragua.

mixta y no alineamiento—, especialmente, de cara al exterior: éste era el proyecto táctico. Para estas autoridades, era esencial no sólo negar las acusaciones tanto de su oposición política, como las procedentes de Washington, sino demostrar con hechos las exageraciones de ambos: los partidos políticos eran legales; en la economía, había un considerable sector privado; en el ámbito internacional, Nicaragua no formaba parte de ningún bloque; había suficiente libertad de expresión, división de poderes, aunque sólo fuera formalmente, etc.

Pero en particular, era crucial mantener esas formas y la apariencia de un Estado de Derecho de cara a las naciones democráticas que, a lo largo de toda esa década, prestaron al gobierno sandinista su comprensión y también su ayuda. Es decir, que aunque al FSLN le hubiera gustado construir un Estado marxista-leninista en Nicaragua —a lo que más o menos aspiraba, al menos así parecía desprenderse de su pasado ideológico y de ciertos discursos pronunciados entre 1979 y 1990—, diversos factores se lo impidieron: la presión internacional, la oposición política interna, los constantes reproches de la jerarquía católica, la influencia del sector privado y, sobre todo, la guerra fratricida en la que sus dirigentes embarcaron al país. Irónicamente, puede asegurarse que, a la postre, «el proyecto táctico llegó a suplantar al estratégico»⁴⁷. Todas estas contradicciones produjeron que el sandinismo resultante, el que se manifestó con el FSLN como monopolizador del poder, estuvo lejos de presentar un panorama ideológico nítido y fácilmente comprensible; mucho menos, dicho sea de paso, de convertir o asemejar a Nicaragua con aquella visión de Arcadia feliz que sugería su aspiración primigenia de lograr un «país transformado en un lugar de armonías» y que impulsó a muchos a adherirse⁴⁸.

⁴⁷ RAMÍREZ, *op. cit.* (nota 31), pág. 112.

⁴⁸ BELLI, *op. cit.* (nota 8), pág. 75.